Capítulo 1

Un convento dominico de Castilla y sus relaciones con la monarquía

*JESÚS MARÍA PALOMARES, O.P.**

Mucho antes del impacto que provocó que el duque de Lerma asumiera el patronato del convento de San Pablo, los frailes predicadores experimentaron por parte de la monarquía reiteradas muestras de aprecio y apoyo. Esta cercanía evidenciaba el doble nexo, pues caracterizó a los mendicantes tan pronto como asomaron en Valladolid, según escribió Adeline Rucquoi: “Los de San Pablo y San Francisco se encuentran íntimamente ligados a la villa, a sus habitantes, sus intereses y su estructura. No dejan por ello de depender estrechamente de la Corona que les suministra riquezas y privilegios y a la que sirven a veces” (Rucquoi, 1987, I, pp. 227 y 258). Ahora, brindamos algunas muestras, que vincularon al convento vallisoletano de los frailes predicadores con la institución monárquica, desde su nacimiento hasta el umbral del siglo XVII. Además de otros rasgos fundamentales de su dilatada historia, estas notas aportan una mirada ineludible para develar el ascendiente de la iglesia y comunidad dominicana, así como su arraigo en la historia de Valladolid.

* Catedrático emérito de Historia Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. Académico correspondiente de la RAH de Madrid.

Una comunidad protegida

En la dilatada historia del convento de San Pablo —pronto se cumplirán 750 años de su nacimiento en Valladolid—, cualquier memoria del pasado exhuma un largo catálogo de apoyos recibidos durante su historia. Sin duda, a ello contribuyeron cuantos desde dentro sostuvieron la vida común y, singularmente, un grupo de frailes que aquí iniciaron su vida religiosa, vistieron el hábito blanquinegro, profesaron su regla, gobernaron la comunidad, y cuyo agradecimiento materializaron mediante privilegios e importantes aportaciones económicas que perduraron por mucho tiempo como señas del patrimonio conventual. Una relación somera cuyo encabezamiento exige mencionar siquiera aquellos frailes más relevantes de la Orden, como fueron: el cardenal fray Juan de Torquemada, fray Luis de Valladolid, fray Alonso de Burgos, el cardenal fray García de Loaysa, fray Baltasar de Navarrete. Todos ellos mostraron con creces su prodigalidad en diversas fechas, entregas y conceptos, con huellas evidentes en el cenobio vallisoletano. Otro tanto sucedió, desde comienzos del siglo XVII, con el duque de Lerma, quien sobre la herencia pretérita asumió el patronato de la iglesia y convento. De este núcleo de principales patrocinadores me ocupé en otras publicaciones, imprescindibles para evaluar el pasado conventual. Ahora solo mencionaremos las dádivas y subvenciones procedentes de la monarquía antes del siglo XVII, junto con aquellas noticias que vincularon al convento-iglesia dominico con eventos más notorios en las crónicas y la opinión pública.

Desde el mismo momento en que nació la nueva Orden mendicante, en la villa pueden hallarse manifestaciones de la protección que dispensaron a sus frailes las reinas doña Violante (1236-1300), esposa del rey Alfonso X el Sabio, y después, doña María de Molina (1264-1321). Sin solución de continuidad, la historia conventual reconoció el alcance que supuso el decisivo aval de ambas reinas. En efecto, la esposa del rey Alfonso X, el Sabio, intervino, ya en la data inicial del convento, como su fundadora y mediadora ante el Consejo respecto del emplazamiento de los frailes dentro de esta villa. Casi recién instaladas aquí las clarisas (1245), y los franciscanos hacia 1263, los dominicos se

asientan en el lugar denominado “La Cascajera”, cercano a la iglesia de San Benito (el Viejo) y a orillas de un ramal del río Esgueva.

Pronto llegará el beneficioso relevo de doña María de Molina, cuya vida discurre por los reinados de su esposo el rey Sancho IV, el Bravo (1284-1295), durante la minoridad de Fernando IV (1297-1301), así como la tutoría mientras la minoría de edad de Alfonso XI, 1312-1321 (Rucquoi, 1999, pp. 163-188). Cuando comienza en 1286 la edificación del primitivo convento e iglesia, (Flórez, 1756, p.14) empieza la estrecha amistad entre la reina y los frailes predicadores. En octubre de 1290 doña María de Molina otorga una renta anual de 40,000 maravedís sobre el portazgo de Valladolid (esto es, sobre la actividad comercial de la villa). Este mismo privilegio será renovado en su testamento (1321) y se indica, al mismo tiempo, que su finalidad era acabar las obras de la iglesia y del claustro. Por eso, al fallecer su hijo el infante Alfonso, que nació en Valladolid en 1287 y murió al cumplir cuatro años (1291), la reina dispuso enterrar su cuerpo en la iglesia de San Pablo, según corrobora el testamento otorgado por la reina y su apoyo a la comunidad perceptora del tercio de la renta del portazgo:

Otro sí que porque el monasterio de frailes predicadores comencé yo, es mi voluntad lo acabar al servicio de Dios y honor de la religión de Santo Domingo, y porque el infante Don Alonso mi hijo yace enterrado, y porque desde que le comencé siempre le di para la labor la renta que yo hé en el portazgo de Valladolid e cumplidamente, mando que hasta que esté acabada la iglesia y el claustro del monasterio sobredicho, 9, que hayan los frailes la renta que yo hé en el portazgo de Valladolid bien cumplidamente y que no la metan en deal, sino en la labor de la iglesia y del claustro sobredicho, e desde que fuere acabada, que finque la renta que yo hé en el portazgo dicho; y que venga la renta al Rey Don Alonso mi nieto, o al que reinare después que él en Castilla y en León” portazgo (Antolínez, 1887, pp. 272-273).

No terminan aquí los favores que percibieron los frailes predicadores tan pronto como sentaron sus reales en Valladolid. En 1307, los conventos dominicos y franciscanos de la villa castellana perciben,

cada uno, de doña Teresa Gil (de origen portugués y emparentada con los reyes de Castilla, fundadora del convento dominico de Toro): “mill maravedís por faser libros para la iglesia con que digan las oras” (Rucquoi, 1999, p. 202). Alfonso XI, el 10 de marzo de 1333, renueva los privilegios de sus antecesores (Sancho IV, Fernando IV) otorgados al estudio general de Valladolid, y para ello manda: “al concejo de Valladolid e a los conservadores del estudio que diesen parte de las tercias a los dominicos para la obra de su yglesia” (Clero Valladolid, c. 3501). Mayor alcance tuvo para los dominicos la circunstancia de convertir la villa castellana en residencia real durante el reinado de Juan II (1406-1454). Será entonces cuando llegue más lejos la empatía demostrada por este monarca con los frailes predicadores, que cabe atribuir al papel que desempeñó su madre la reina doña Catalana de Lancaster. En efecto, el 24 de abril de 1411, el convento recibió un juro perpetuo de 10,000 maravedís de renta situados en la alcabala del vino de Valladolid. Lo recuerda la *Refundición de la Crónica del Halconero* de fray Lope de Barrientos, O.P. (1382-1469) (1946, pp. 21-24), cuando dice que el futuro rey Juan II residió con su madre la reina doña Catalina, entre los años 1412 y 1417, en el convento de San Pablo. Con posterioridad, en repetidas ocasiones, el rey volverá a dicha mansión, bien para presenciar justas y saraos, bien para recogerse en ella por algunos días con su madre y esposa. Así, en abril de 1434, acabadas las justas, los reyes, príncipe, caballeros y damas fueron a San Pablo que era la posada del rey.

Una súplica del cardenal dominico, fray Juan de Torquemada, resalta la devoción que profesaron al convento los vecinos vallisoletanos y especialmente el monarca, quien: *per plures annos in sua iuventute seu pueritia in dicta domo educatus, necnon bonis moribus atque doctrinis a nonnullis venerabilibus religiosis dicti ordinis instructus fuit*. Todo ello indica que el joven monarca no solo recibió hospedaje junto a la mansión conventual, sino que sus moradores le proporcionaron los primeros ejemplos de virtud y participaron en la educación inicial de tan noble huésped. Educación e influencia dominica que continuará a lo largo de su vida mediante el asesoramiento espiritual asumido por uno de sus conventuales el ilustre fray Luis de Valladolid, su confesor y, en su caso, también por fray Juan de Villalón, que lo había sido de

la reina. Desde entonces, el rey nunca olvidó esta etapa preliminar de su vida. Así parece confirmarlo una carta de merced expedida en 1411 que favorece a la comunidad, por haber sido criado en este convento, y a la que concede quince excusados (legajo 7587), en respuesta a la súplica del prior que a la sazón era fray Luis de Valladolid:

Tres hortelanos que labren las huertas del dicho monesterio y una mujer que venda las hortalizas della, e dos carreteros que traigan leña e mantenimiento para el dicho monesterio, e dos cocineros e un carpintero que repare las casas del dicho monesterio, e un rastroleador que las rastreje, e un alfajeme que afeyte a los frayles, e dos mujeres que suvan a los frayles enfermos e una panadera que les mase el pan, una candelera que alumbrase las lámparas de la su iglesia, para que los dichos excusados no paguen moneda nin moneda este año de la fecha desde mi albalá y de aquí adelante en cada año para siempre jamás, 25 mayo 1411.

Por qué este asentamiento y posterior ampliación, dirá Matías Sangrador:

El clima saludable de esta población y la fidelidad con que siempre sus habitantes sirvieron a los Reyes, movió a doña Catalina a fijar en Valladolid su residencia por lo menos durante la menor edad de su hijo el Rey Juan II. Su morada de San Pablo la creía demasiado reducida y un tanto mezquina para ser habitada por el Monarca, derribando una acera de casas que estaba contigua al convento de San Pablo para construir un Alcazar o Palacio real (...). Para dar mayor extensión y hermosura al edificio tomó doña Catalina una gran parte de la huerta del convento y formó delante de él una gran plaza. En compensación de este terreno constituyó la Reina a favor del mismo un juro perpetuo de diez mil maravedís de renta, situado en la alcabala del vino de Valladolid.

Sobre lo dicho antes, ¿dónde localizar la residencia del que después recibió como nombre “palacio del rey Juan II”? Para el académico de la Historia, “el palacio o alcázar se hizo en el sitio que hoy ocupa el

Colegio de San Gregorio” (Sangrador, 1851, p. 238). Sin embargo, el sitio queda descrito en un legajo conventual actualmente depositado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN) (cuaderno relativo a la calle, 1748), que indica: “Es como salimos por la portería de este convento a mano derecha hasta el principio de la calle Imperial. En este sitio y territorio que, según queda dicho, era de los frailes, edificó la reina doña Catalana —con permiso de la comunidad— una casa palacio que lindaba con el convento y en una de ellas se crió el señor don Juan II y vivió algunos años y, los religiosos al conocer el gran gusto que el dicho señor tenía de morar junto a ellos, tuvieron a bien el que incorporase en este palacio el refectorio antiguo y otras oficinas para dar más vivienda a dicha casa” (Sangrador, 1851, p. 234). La misma fuente sitúa en la mansión conventual la ceremonia del matrimonio contraído por el príncipe Enrique con doña Blanca de Navarra (posteriormente anulado), al decir:

E asy llegados a Valladolid la reyna de Navarra e la princesa su fija, concordóse que casase el príncipe el jueves, quince días de setiembre del año de 40. La manera del casamiento fue ésta: el miércoles antes en la noche, entre las 10 y las 11 horas, el rey de Navarra, e el príncipe don Enrique, e el almirante e condes e cavalleros e gentiles hombres de suso nombrados, muy bien arreados a maravilla, fueron con la princesa fasta donde estava el Rey, en la casa de Sant Pablo, do estavan aparejadas sus posadas para la reyna de Navarra, su madre e para ella, según requería a tales personas(...) e todos fueron a donde la princesa estava en su cámara e traxieronla a la grand sala de Sant Pablo, donde se dixo la misa por el cardenal de San Pedro que los veló (...) e la sala estava muy ricamente guarnecida con muchos paños franceses (Barrionos, 1946, pp. 21-24).

Conforme Juan II dispuso en su testamento, devolver al convento el citado refectorio y demás oficinas junto con las casas en que se había criado. Su hijo el rey Enrique IV cumplió lo previsto, según confirma su carta fechada en Madrid el 7 de febrero de 1467. Una vez devuelta la propiedad, los frailes construyeron cinco casas que otorgaron a censo

a varias familias. En 1476, la comunidad suplicó a los Reyes Católicos ciertos privilegios para sus moradores (cédula expedida en Madrigal el 17 de abril), y así los declararon exentos de “echar huéspedes ni sacar paja, ni leña, ni fuesen a rondar”. Todos los antecedentes mencionados revelan que los dominicos eran un referente insustituible del registro de comunidades españolas y con prestigio en la villa, pues pronto crearon su estudio general, las familias nobles eligieron el templo conventual como sepultura, y miembros del vecindario vistieron su hábito y profesaron en la Orden, lo que confirman las investigaciones de la profesora Rucquoi. Con este patrimonio y la mejora paulatina de sus instalaciones, en especial del templo, la comunidad se convirtió sin dificultad en punto de encuentro para celebrar acontecimientos insertos en el calendario de la monarquía.

Celebraciones religiosas en la iglesia conventual

Nacimiento y bautizo de Enrique IV

Según Matías Sangrador (1851), en noviembre de 1424 regresó el rey Juan II con toda la corte a Valladolid, y el 5 de enero del año siguiente, la reina doña María (de Aragón) mientras habitaba en las casas de las Aldabas, de Diego Sánchez de Valladolid (Antolinez, 1887, p. 127), dio a luz con gran contento de toda la corte al infante que se llamó Enrique. Ocho días después fue llevado a bautizar, en brazos del almirante don Alonso Enríquez, al convento de San Pablo. Acompañaban al recién nacido los padrinos nombrados por el rey. Lo bautizaron en el monasterio del Señor San Pablo. Lo llevó en brazos el almirante don Alonso Enríquez, que iba en una mula, y a los ocho días de su nacimiento fue jurado por príncipe. Después sucedió en estos reinos dicho don Enrique el cuarto.

Un evento tan relevante quedó recogido con detalle en la crónica cuando menciona a quienes acompañaron al neófito y, en especial, aquellos designados por los reyes como padrinos. Nos referimos en concreto al citado Almirante, el condestable don Álvaro de Luna, el adelantado de Castilla don Diego Gómez de Sandoval y, en representación del

duque de Arjona, el hijo segundo del Almirante. Actuaron de madrinan las esposas de los tres primeros, doña Juana de Mendoza, doña Elvira Portocarrero y doña Beatriz de Avellaneda. Vestido de pontifical, ofició la ceremonia el obispo de Cuenca, don Álvaro de Isorna, quien —“se atusó la barba y se vistió de nuevo, que parecía demandaba la vacante de Toledo”— acompañado por la comunidad dominica, esperó en la puerta del templo a la ilustre comitiva hasta llegar a la pila bautismal. Concluida la administración del sacramento, el infante fue conducido con el mismo orden a palacio en procesión seguida por los obispos, prelados de la corte, clero y comunidades de Valladolid por toda la villa dando gracias a Dios por este nacimiento. En días sucesivos, la villa y otras poblaciones de Castilla celebraron jubilosas tan fausta noticia.

El 21 de abril del mismo año, el vecindario volvió a concentrarse cerca del convento de San Pablo, con motivo del nombramiento del recién bautizado como heredero y príncipe de Asturias, ceremonia que también tuvo lugar en el comedor conventual y coincidente con la presencia en la villa de los procuradores de 12 ciudades y para los aprestos de guerra en el vecino Reino de Aragón.

Para esta nueva ceremonia se adornó con suntuosidad y magnificencia el refectorio del convento de San Pablo, y en el día designado volvió a salir el infante don Enrique de las casas de Diego Sánchez en brazos del Almirante que cabalgaba sobre una poderosa mula lujosamente enjaezada. A los lados venían a pie todos los grandes y caballeros de la corte rivalizando en la riqueza y elegancia de sus primorosos vestidos.

Ya dentro del convento, situaron al infante en un dorado lecho de fino brocado y a su alrededor se acomodaron dueñas y doncellas de familias ilustres del Reino. La ceremonia comenzó con la entrada en el salón del señor de Oropesa, que portaba desnudo el estoque real, y del Adelantado, que sostenía un cetro de oro antes de que Juan II ocupase el solio dispuesto de antemano, y se le entregara el cetro que depositó entre las manos del infante Enrique y así fue reconocido príncipe de Asturias. La ceremonia de juramento y homenaje concluyó con un discurso del obispo de Cuenca. Al terminar, toda la comitiva retornó de nuevo a palacio.

Del nacimiento y bautismo de Felipe II

Una vez contraído el matrimonio en Sevilla, el 10 de marzo de 1526, el emperador Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal vinieron a Valladolid, entonces residencia ordinaria de la corte, donde el 21 de mayo del año siguiente nació, como primer fruto, el príncipe Felipe, que Prudencio de Sandoval relata en estos términos (Antolínez, 1887, pp. 163-164):

Sucedió el parto martes a 21 de mayo, a las cuatro de la tarde, en las doce calendas de junio, la luna menguante, día de San Mauricio, en la villa de Valladolid (que ahora es ciudad), en la Corredera de San Pablo, en las casas que entonces eran de don Bernadino Pimentel, y agora son del conde de Rivadabia, año de 1527 (...) Y para la solemnidad se hizo desde la escalera de don Juan de Mendoza, donde posaba la Emperatriz, un pasadizo que llegaba hasta el altar mayor (1603, II, pp. 246-247).

A la tarde, prosigue, “Su Majestad pasó a la posada de doña Leonor, reina de Francia, y fue con ella al palacio de la Emperatriz, y desde allí comenzaron a salir por el pasadizo muchos señores y caballeros. Tras el Príncipe iba la reina de Francia, su madrina” (Sangrador, 1851, p. 248). Este cronista benedictino asegura que una hora después del nacimiento, aunque “llovía harto”, fue el emperador al monasterio de San Pablo a pie, para dar gracias a Nuestro Señor por el beneficio recibido. Lo corrobora Frances de Zúñiga (1989), quien además anuncia el bautismo:

Dende a pocos días, en el mes de abril, a veynte y cinco del dicho mes, año de MDXXVII, la muy Alta Emperatriz, por la misericordia divina y por hazer Dios bien y merced a sus reynos, parió un hijo que fue llamado don Felipe, heredero (...). El rey salió para San Pablo, que es en Valladolid, y dio gracias a Nuestro Señor Ihesucristo por las grandes mercedes resÇebidas. Y dende a pocos días, que fue en el mes de junio, el Príncipe fue bautizado en el monasterio de San Pablo como a tales príncipes y personas reales convenía (pp. 137-138).

Nuevamente Zúñiga menciona los nombres de los padrinos y del arzobispo de Toledo oficiante del sacramento. Según era previsible, un acontecimiento de tan alto rango alumbró una descripción precisa en la pluma de varios testigos-cronistas que detallaron los preparativos y ceremonia bautismal. Como apéndice de la obra original del dominico fray Gonzalo de Arriaga (1928), que incluye entre varios hechos históricos el bautismo de Felipe II, leemos: “En las páginas 119 a la 130 de un códice que contiene una Relación de la guerra del Almirante de Francia contra el Emperador Carlos V, etc., compuesta por Fray Juan de Osnaya en 1544 y que existe manuscritos en 4º en el Archivo del conde de Olivares” (pp. 487-494), incluye un largo relato del evento que ahora resumimos:

En la villa de Valladolid, un miércoles cinco días del mes de Junio de 1527, a hora de vísperas, fue bautizado el Príncipe con muy gran solemnidad en el monasterio de San Pablo, y lo que había aparejado para el bautismo, y de la manera que se hizo es lo siguiente: Había hecho un tablado desde la escalera del Palacio de la Emperatriz, que es en la Corredera de San Pablo, en las casas que son de Don Juan de Mendoza, que llegaba hasta el Altar mayor de dicho monasterio (en este mismo día, Carlos V asistió a misa en San Pablo para comprobar la decoración); este tablado era tan alto como un hombre hasta los pechos, y tan ancho, como dos varas de medir, y tenía por los lados una baranda a dó se arrimasen lo que por él fuesen, y dende la dicha escalera del Palacio hasta la puerta principal de la iglesia, había muchos arcos pequeños, a trechos cubiertos ellos y la baranda de mucha juncia y espadaña y de muchas hierbas y flores, que olían muy bien, y puestas en los arcos muchas cerezas y naranjas, rosas y limas, y por el suelo así mesmo muchas cerezas y hierbas y flores. Había en este tablado cinco tabernáculos o cadalsos altos y cuadros con sus arquerías pintadas, cubiertas por encima (...).

Sigue la descripción hasta la puerta principal de San Pablo, que indica que en el interior del templo no había en el tablado ramos ni flores, sino alfombras por el suelo y las barandas “pintadas de amarillo y

de pardillo”. Delante de la reja en el crucero había un tablado a modo de placeta cuadrada y ancha, y en medio de ella, estaban dos gradas redondas y encima una pila mediana de cristal, guarnecida de plata, cubierta con un paño de brocado con sus goteras, cuadrado a modo de cielo de cama, que estaba asentado de madera y pendía del techo. Tras detallar toda la comitiva, padrinos (su tía doña Leonor, prometida al rey Francisco I de Francia y el condestable Íñigo Fernández de Mendoza, que portaba en sus brazos al príncipe, y otros nobles), Osnaya prosigue:

De esta manera iban y llevaban al Príncipe, sonando todos los instrumentos y cantando aquellos ángeles que estaban en los tablados altos, ya dicho, y el Emperador los estaba mirando de una ventana de las de Palacio, donde salín y a la vuelta también. Llegaron así a la puerta principal del monasterio y allí salió el Arzobispo de Toledo, vestido de Pontifical, con una mitra muy rica y su cruz y báculo delante y con él, a los lados, los dos Obispo que hemos dicho, también de Pontifical y con sus mitras e hicieron la ceremonia acostumbrada y de allí se fueron como venían hasta la pila. Y la comadre y el ama se entraron dentro de las cortinas y allí desenvolvieron al Príncipe, desnudo como nació, y diéronlo al Condestable, que lo llevó a la pila hasta que fue bautizado, y pusieronle por nombre Don Philipo. Lloraba el Príncipe muy reciamente cuando le echaron el agua, luego le tomó al Condestable el ama y la comadre, dentro de las cortinas, donde le tornaron a envolver, y en este instante un rey de armas dijo en altas voces tres veces, estando todos oyéndolo: Don Philipo, por la gracia de Dios, Príncipe de España, etc. Hecho todo esto tornaron a tomar al Príncipe, como lo habían traído, y lleváronlo hasta el Altar mayor y allí el Arzobispo le echó la bendición y así lo volvieron de la misma manera hasta Palacio, y el Arzobispo de Toledo —que estaba de paso para presidir la junta que juzgara a Erasmo (García, 2013)— y los dos Obispos se desnudaron y se quedaron sentados junto al altar descansando; a esta vuelta llegó el Conde de Medellín, que diz que no pudo llegar antes; traía vestida una ropa y sayo de terciopelo blanco, aforrado en raso encarnado, con muchas cuchilladas y

en ellas muchas chaperías de oro, que no pareció menos galán que el hilo del Conde de Osorno. Aquella noche fue grande la fiesta del sarao...

Casi un calco cabe estimar las descripciones que ofrecen Antolínez de Burgos (1887), Sandoval (1603) y Zúñiga (1989) del acontecimiento religioso y del ornato del tablado cuyo arranque sitúan en la escalera del palacio, al igual que Sandoval, no citan nada de la ventana y sí que el tablado arrancaba de la escalera del palacio. Pascual Molina (2013, 1501151) afirma la participación de Alonso Berruguete como diseñador del pasadizo. Tres siglos después hace otro tanto Matías Sangrador (1851), aunque incorpora como nota un detalle hasta entonces inédito y sin señalar su origen:

Desde el día siguiente se comenzaron jacer los preparativos para la solemne ceremonia del bautismo, y al efecto se levantó un pasadizo desde la escalera principal del palacio, que cruzando una de las rejas bajas del edificio —la reja por donde salió Felipe II para ser bautizado se ve todavía entrelazadas sus dos hojas por medio de una gruesa cadena— conducen a la iglesia de San Pablo prolongándose hasta el altar mayor (p. 376).

Esta ventana enrejada, cuya existencia dice haber comprobado Sangrador y que permanece hasta hoy, solo tiene visos de leyenda urbana. Así se pronunció en 1927, al cumplirse el cuarto centenario del bautismo principesco, Francisco de Mendizábal, cronista oficial de la ciudad, a través del diario nacional *ABC*, quien considera este dicho como una más entre las leyendas que proliferaron durante el reinado filipino. Que el futuro rey (recordemos que antes el príncipe y luego rey Enrique IV, nacido en la calle de Teresa Gil y también bautizado en esta iglesia conventual, no tuvo necesidad de urdir tretas canónicas para evitar rencillas territoriales) tuviera que salir a escondidas por una ventana del palacio, era una más. Aunque siga alimentando la imaginación popular, no hay razones para mantenerla. Recordemos los argumentos esbozados con posterioridad por el cronista oficial:

Leyenda, en fin, lo de que por esta reja que veis, enlazada con cadena de hierro, fue sacado el príncipe para ser llevado a bautizar... No hay turista ni viajero que pase unas horas en Valladolid para admirar sus grandezas que no oiga, mientras sus ojos contemplan la reja, la peregrina relación...

Unos dicen que por allí se abrió paso la comitiva porque, de salir por la puerta principal del Palacio, hubiera tenido que ser bautizado el niño en San Martín. Aseguran otros que se hizo, sencillamente, para mayor comodidad de la Corte, construyendo un pasadizo a fin de evitar que el gentío se entrometiera en el regio cortejo.

Parece que no es cierto ni lo uno ni lo otro. A lo menos no puede probarse documentalmente. Por otra parte, los relatos de los cronistas contemporáneos al suceso y los que escriben inmediatamente después, o no dicen nada de lo de la reja, ni del pasadizo o, de hablar de éste —de aquella en absoluto— afirman todos que se levantó “desde la puerta del palacio. (Mendizábal, 1927, 22 de mayo)

Pueden agotarse todas las fuentes de información más cercanas: Luis Enrique de Cabrera, Esteban de Garibay, Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Mariana. Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor de Carlos V, que si no lo vio, supo el bautizo por referencia inmediata y fidedigna, muy posiblemente por testimonio de ojos, dice: “Desde la puerta del palacio hasta la iglesia de San Pablo se hizo un pasadizo por donde fue llevado y traído el príncipe”. ¿Y fray Prudencio de Sandoval que escribe también en los mismos días de la vida de Felipe II y ofrece detalles de su bautismo como ninguno, consignando hasta la cantidad —150,000 maravedís— que se dio a la ama de cría por la crianza del príncipe? Pues este cronista, reitera Mendizábal, atento a todo episodio y circunstancia, no refiere el de la reja, y Antolinez de Burgos, que escribe en Valladolid, en el reinado siguiente, la historia de esta ciudad, lo calla también al reseñar la ceremonia y expresar la casa donde el príncipe nació.

Pero mirando a la razón, sin necesidad del testimonio, ¿es posible que una comitiva tan ostentosa y lucida pudiera pasar por el hueco que apenas consiente el cuerpo de una persona? Leyenda y leyenda que nace en la misma cuna del príncipe. Pero he prometido referir el suceso a la

luz de la Historia. Años después, el catedrático doctor Filemón Arribas se pronunció en el mismo sentido, sin dudar en escribir: “Para ello (bautismo) se levantó un tablado, no desde una ventana de la casa como desea la tradición, sino desde la escalera del Palacio, según informan los documentos, hasta el altar mayor del cercano monasterio de San Pablo” (Arribas, 1960, p. 12).

Otras ceremonias bautismales de la familia real

La saga de bautizos regios incorpora en la agenda conventual las celebraciones de los vástagos del rey Felipe III. Antolínez de Burgos, bajo el epígrafe “De los felices partos que tuvo la Reina Doña Margarita y fiestas que se hicieron”. Sangrador (1851, pp. 183-184) cuenta los tres partos sucesivos con estas palabras:

El 22 de setiembre de 1601, sábado, a la una de la noche, parió una infanta a quien Dios hizo Reina de Francia, pues casó con Luis 13 de este nombre: en 7 de octubre se celebró su bautismo en la iglesia del Señor San Pablo. Intervinieron en la ceremonia, que tuvo lugar en la capilla mayor de la iglesia tres cardenales y cuatro obispos. El segundo: “parto que la Reina Doña Margarita fue en Valladolid, sábado, 1º de enero de 1603, entre 10 y 11 de la noche: esta infanta no quiso tomar el pecho, quizá por no ser de día. Llevaron a palacio la santa Imagen de las Angustias, que está en el convento del Señor San Benito el Real, con procesión muy solemne por rogativa de su salud, mas dispúsolo Dios de otra manera llevársela al cielo”. El tercer parto fue en Valladolid en 8 de abril, viernes de la Cruz, cerca de las 10 de la noche, año de 1605, del Príncipe Don Felipe que hoy reina y es el 4º de este nombre. (pp. 183-184)

Cuando Antolinez (1887) menciona el bautismo, aparte de referir cuanto sucedió en el templo, no olvida hacerlo de otros hechos, como cuando dice: “Juntáronse en este tiempo otras causas de regocijo, como fue la elección de pontífice León XI, que vivió 27 días, y la

de Pablo V, y luego la entrada del almirante de Inglaterra, que vino a ratificar las paces, ceremonia que se celebró día del Corpus por la tarde con gran solemnidad. El día siguiente hubo toros y juegos de cañas, de grandeza raras veces visto”.

Bautizos de los hijos del rey Felipe III

Tanto el anuncio como los festejos organizados con motivo del primer bautismo merodean las crónicas coetáneas (*Relación de la orden que se, 1601*). Con todo, recae en Luis Cabrera de Córdoba adelantar la novedad del embarazo, parto de la reina y lugar del nacimiento, lo que confirma que todavía las obras del futuro palacio real seguían inconclusas. Un mero prólogo previo a la ceremonia religiosa y noticia estelar con la parafernalia del traslado de la neófita desde palacio al que ya en esas fechas era feudo del duque de Lerma, quien exageró su vanidad con este pretexto. Y no sería el último. Según el cronista, este acontecimiento en la iglesia de San Pablo fue una concesión del monarca a su privado para liberarle de cierta melancolía. A tal efecto,

Su Majestad hizo varias mercedes; una de ellas: Que el cristianismo se haría en el monasterio de San Pablo, sacando a la Infanta de su Casa, cuyo nombre aun no se sabe, pero dicen que será el de la agüela la Reina Doña Ana (Cabrera, 1997, p. 113).

En el recorrido de la comitiva hasta el templo, el duque portaba a la serenísima infanta envuelta en una banda grande de tela blanca, asida al cuello. Así entran en la iglesia donde intervienen en la administración del sacramento el cardenal arzobispo de Toledo y los obispos de Zamora y Valladolid, e imponen a la infanta los nombres de Ana Mauricia. Actuaron como padrinos el duque de Parma y la duquesa de Lerma. El rey contempló la ceremonia “desde una celosía azul que estaba algo alta”. Concluido el acto religioso, aquella noche hubo luminarias por las calles de la ciudad y con ellas concluyó la fiesta. Además del nacimiento y bautizo de Ana Mauricia, futura esposa del rey francés Luis XIII, Matías Sangrador (1851) recuerda, antes de referirse al

príncipe Felipe, que entre ambas fechas, el uno de enero de 1603 había nacido la infanta María, muerta a los dos meses, sin mencionar la ceremonia bautismal. Por el contrario, de su hermano y heredero, volvieron a anunciarse con tiempo los preparativos imprescindibles para trasladarle desde el palacio real a la iglesia de San Pablo. Al menos, ya en marzo de 1605, se decía:

Están fabricando en las casas que se compraron al conde de Miranda, y se han incorporado en Palacio, una sala para saraos muy grande, y en una galería por donde pasar al monasterio de San Pablo, lo cual que estará acabado para el mes de Mayo, cuando verná [sic] a parir la Reina, Dios mediante. (p. 455)

Un atinado estudio del profesor Jesús Urrea (1999) reconstruye como fue la “Galería de San Pablo” por donde transitará la comitiva hasta llegar a la puerta del templo el 29 de mayo de 1605. Al mes siguiente una catarata de avisos calentaba el ambiente.

Increíble fue la alegría que causó el nacimiento del Príncipe. Este tuvo efecto el Viernes Santo, 8 de abril, cuando el Rey veía desde una ventana de palacio la salida de la procesión de disciplinantes de San Pablo, vinieron los dolores de parto, y como a las 9 de la noche parió (...). Dicen que bautizarán al Príncipe el primero de mayo y para ello vendrá de Toledo el cardenal, y serán padrinos la Infanta y el Príncipe de Piamonte (...). Por eso, se dan gran prisa en las obras del salón y en la galería de las paredes de San Pablo para que se acabe el día del cristianismo. (Williams, 2009, p. 27)

Sobre los fastos programados en la ciudad para solemnizar el nacimiento y bautismo del príncipe, el portugués Tomé Pinheiro da Veiga, escribió *Fastiginia*, que, a modo de memorias, abarcan varios asuntos, de los que se destacan los relativos al nacimiento y bautismo celebrado un mes después. Este cronista, “tan curioso como socarrón”, en palabras de su traductor Narciso Alonso Cortés, pasó revista a quienes intervinieron en la procesión matinal del capítulo general dominicano. Eso sí, con las pullas que quiso —como cuando dice: “con ir 350 eran

muchos más, porque consta que a la mesa, donde esta gente acostumbra a faltar poco, se hallan 750, que como los predicadores tienen tantas bocas como pies, y cumplen la profecía, *ubicumque fuerit corpus illic congregabuntur et aquilae*” (Pinheiro, 1973, p. 90)—, junto con los preparativos para decorar la iglesia (colgaduras de paños de Túnez) e instalación de la capilla mayor y crucero. En la primera se colocó la pila de piedra donde fue bautizado Santo Domingo de Guzmán, cubierta de brocado hasta el suelo. También relata los pormenores del pasadizo, a modo de galería, que recorría la plaza, cubierto de raso y oro.

Sin embargo, el portugués —interesado sobre todo en la parafernalia— pareció despreocuparse de la ceremonia religiosa. Y así únicamente apuntó, al final: “Bautizóse con la solemnidad de la iglesia; así se tornaron a salir por el mismo orden en que entraron, ya casi de noche” (Pinheiro, 1973, p. 90). Lo cual contrasta mucho con la descripción puntillosa de la comitiva participante en la fiesta, desde las tres de la tarde, aunque la ceremonia no empezó hasta las cuatro y media, momento en que aparece el cardenal de Toledo, oficiante principal del sacramento. Desde entonces hasta empezar la noche, el rito y sus preparativos fueron muy largos. El purpurado venía precedido por cuatro alcaldes de corte y seguido del Consejo Real. A continuación, iban los inquisidores y capellanes, caballeros, revestidos de todos los colores. Entre esta multitud de personas ocupaban sitio destacado los grandes que portaban los utensilios necesarios para el rito bautismal; eran, por este orden: los señores duques de Pastrana, conde de Alba de Liste, duque de Alba, duque del Infantado. Al duque de Lerma, Pinheiro (1973) le identifica bajo este porte:

Al fin venía el duque de Lerma con el príncipe en brazos, e iba vestido con un vaquero largo de brocados de tres altos, con mangas y brahones de lo mismo, y calzas de pliegues de oro bruñido, muy excelente, y en un cendal llevaba al príncipe, con una mantilla de tafetán blanco, mosqueda de aljófar y salpicada de oro, labor admirable.

A su lado, iban los padrinos: el príncipe de Saboya y la infanta. En la puerta de San Pablo estaba el arzobispo de Toledo, acompañado

por diez obispos, que esperaban al príncipe debajo de un dosel. Ni el rey ni la reina aparecieron en público, pero dicen que estaban llorando de alegría dentro de las vidrieras. Con el mismo estilo zumbón, Pinheiro (1973) apostilla: “Salió el príncipe con una trinidad de nombres fuera de toda imaginación, porque se cargaron al inocente los de Felipe Dominico Víctor, sobre lo que se hicieron varios juicios”. Otras relaciones (Godínez, 1607) y Cabrera de Córdoba incorporan nuevos pormenores de la efeméride. Así procuran no olvidar que el día del bautismo, estuvo precedido en la mañana por la procesión inaugural del capítulo general de los dominicos (Libro de actas, 1605), que presidió su maestro general Jerónimo Javierre, luego cardenal y confesor de Felipe III. En la procesión estuvo el rey acompañado por los nobles y 600 frailes hasta llegar a la catedral. De acuerdo con su versión, una vez superado el mediodía:

A las cinco de la tarde fueron los consejeros de Castilla, Aragón, Italia, Inquisición, Indias, Órdenes y Hacienda con sus presidentes a San Pablo; después de ellos el cardenal de Toledo, arzobispo de Burgos y obispos de Segovia y Astorga y revestidos estuvieron esperando, debajo del dosel que estaba a la puerta de la iglesia, a que llegase el acompañamiento con el Príncipe por el pasadizo y galería que lleva a San Pablo, que todo estaba colgado de ricos tapices, (...) Detrás de todos iba el Duque de Lerma, vestido de una ropa de brocado con mangas justas y brahones grandes, y una banda blanca echada al cuello, con el Príncipe en los brazos mostrándolo al pueblo por las ventanas, cuando pasaba por la galería, y detrás traían a la Infanta en una silla pequeña de manos (...) Y al final, entran en la iglesia que había echado dos vallas de madera por medio de las cuales pasó el acompañamiento. Las paredes de la iglesia estaban decoradas con los tapices de Túnez y en medio de la capilla mayor había preparado una rica cama sobre una tarima de cuatro grados y debajo la pila en que fue bautizado Santo Domingo que se había traído de cierto monasterio de monjas de la Rioja.

Sangrador (1851) corrige este error al mencionar el origen de la pila bautismal del fundador de los frailes predicadores. Concluida la

ceremonia, “tornó a tomar el Duque en brazos a Su Alteza y se volvió con el acompañamiento por donde había ido” (p.458). Y será al día siguiente cuando los reyes pasen a escuchar las conclusiones que los frailes dominicos exponían en la iglesia. Debemos hacer notar que este mismo cronista pasa sin pena ni gloria el nacimiento y bautismo de los otros infantes. Del segundo solo menciona haber sido bautizado por el cardenal de Toledo en la capilla real del Palacio.

Además del bautismo, Matías Sangrador (1851) relata las fiestas (toros, cañas, juegos) que durante dos semanas vivió la ciudad, con gran ostentación y despilfarro para agasajar al almirante Howard, embajador del rey de Inglaterra Jacobo I. Del gasto desmedido dará cuenta Luis de Góngora en un soneto satírico que recuerda el conjunto de acontecimientos que mermaron la hacienda: “Parió la Reina, el Luterano vino (...) Bautizamos al niño Dominico / que nació para serlo en las España / hicimos un sarao de encanto / quedamos pobres, fue Lutero rico...” (pp. 457 y ss).

Entierros y exequias

Ante todo, queremos adelantar que en este templo dominico los miembros de la familia real aquí sepultados no lo fueron definitivamente, aunque en dos casos permanecieron en la capilla mayor mucho o bastante tiempo (trescientos o cuatro años). Y que, como recuerda el profesor Javier Rivera Blanco (1983) para el siglo XVI, aunque la corte poseía en la villa una capilla real, la gran mayoría de estas conmemoraciones, por su boato y amplitud, se celebraron en esta iglesia conventual. Entre otras razones, por su cercanía a las casas del secretario de Carlos V, Francisco de los Cobos, que en este siglo hizo las veces de palacio real cuando la familia real se encontraba en Valladolid. Otro tanto había sucedido en siglos anteriores.

Por orden cronológico, encabeza la relación el príncipe Alfonso fallecido en 1291. Por decisión de su madre doña María de Molina, fue inhumado en la capilla mayor. Su sarcófago de madera policromada, que hoy custodia como pieza señera el Museo de Valladolid (palacio de Fabio Nelli). Los restos del infante permanecieron en la capilla mayor

durante más de 300 años, hasta que el todopoderoso duque de Lerma se adueñó de este espacio sagrado bajo el pretexto del patronato sobre la iglesia y convento. Una de sus primeras decisiones fue eliminar cualquier rastro del pasado, y así urgió trasladar los restos del príncipe debieron salir de la capilla mayor y emplazarse en la cercana iglesia de San Benito.

Al rey Juan II le llegó el final de sus días en Valladolid, adonde viajó enfermo para reunirse con la reina. El monarca falleció el 20 de julio de 1454, a la edad de 49 años. Aunque antes había ordenado su entierro en el monasterio de Miraflores — “que está cerca de Burgos, que el rey don Enrique (III) su padre edificó y le hizo monasterio de cartuxos” —, sin embargo, destruido parcialmente por un incendio, los restos del monarca debieron depositarse en el convento vallisoletano de San Pablo. Allí permanecieron durante casi un año hasta sepultarlos definitivamente en el susodicho monasterio burgalés.

El 3 de mayo de 1509, la reina consorte de Aragón, doña Germana de Foix, mientras residía en las casas del almirante de Castilla, dio a luz a don Juan, príncipe de Aragón, que falleció pocos días después, trastocándose la alegría en amargura. Así “los restos de este malogrado príncipe fueron depositados provisionalmente en el convento de San Pablo de esta villa, de donde se trasladaron al monasterio de Poblet, en el reino de Aragón” (Sangrador, 1851, p. 316). Con todo, será durante el reinado de Carlos V cuando la iglesia de San Pablo se asiente como lugar preferente para los funerales de Estado, y así honrar a fallecidos de la familia real española, y también de otras monarquías extranjeras como sucedió con miembros de las monarquías húngara y portuguesa.

Inaugura esta tradición los funerales por el joven monarca Luis II de Hungría y Bohemia, muerto en la batalla de Mohacs (en 1526) frente al ejército otomano. Coincide esta luctuosa noticia con la reunión de las cortes convocadas por el emperador desde Granada y que comenzaron en febrero del año siguiente en Valladolid. El motivo era pedir dinero para hacer la guerra al rey de Francia y al Turco que amenazaban a la cristiandad por la parte de Hungría. Un día antes de comenzar, el 10 de febrero del mismo año, mandó “hacer honras por el rey Luis II de Hungría en el monasterio de San Pablo”. Los funerales estuvieron presididos por el emperador Carlos V y acompañado por muchas personalidades del Reino, todas ellas “cargadas de luto”.

Asimismo, destacó en la capilla un túmulo pintado de negro y ornado con banderas y símbolos (yelmo, espada, pendones, coronas y toisón de otro, rodada de multitud de velas (Pascual, 2013, p. 137).

La emperatriz Isabel de Portugal, única esposa del emperador Carlos V, nacida en Lisboa (1493), hija de Manuel I de Portugal y María de Aragón, residió con frecuencia en Valladolid relacionándose con la comunidad dominica. Según hemos indicado, el nacimiento del príncipe Felipe (1527) destacó esta cercanía con luz propia, pero hubo otros más. La presencia del emperador y su corte en la villa castellana favorecieron estos vínculos, según indicamos después. La emperatriz había fallecido en Toledo el 1 de mayo de 1539, tras un parto prematuro. Desde la ciudad imperial fueron sus restos trasladados a la capilla real de Granada, con el acompañamiento del duque de Gandía, Francisco de Borja (relacionado con la conversión al comprobar el mal estado del cadáver), posteriormente trasladados al Escorial. Sus exequias tuvieron lugar en varias ciudades del reino, entre ellas Valladolid, cuando ya no estaba la corte en ella. Una nueva estancia del emperador tendrá efecto (tres meses y 27 días) entre diciembre de 1541 y mayo de 1543 (Arribas, 1960, p. 16).

El 12 de julio de 1545 falleció la princesa María Manuela —hija del rey portugués Juan III y de la infanta española doña Catalina, hermana menor de Carlos V—, casada en Salamanca con el futuro Felipe II el 15 de noviembre de 1543. Enseguida los nuevos esposos se instalaron en el palacio vallisoletano de Francisco de los Cobos, en donde el 8 de julio de 1545 nació el infante Carlos. Toda la villa expresó su alegría y el ayuntamiento organizó fuegos y luminarias durante cuatro días en la Corredera de San Pablo. Estas previsiones quedaron frustradas por el fallecimiento de la princesa, a los cuatro días del parto, el 12 de julio. Ese episodio contribuirá a que sin pompa ni fiestas el infante fuera bautizado en la capilla del palacio, el 2 de agosto del mismo año.

Mientras tanto, el cadáver de la princesa María de Portugal seguía depositado en la iglesia conventual de San Pablo, desde el 13 de julio, un día después de fallecer. En esa fecha, llegó el cuerpo acompañado por el cardenal Tavera, nobles, miembros del Consejo Real y ayuntamiento (Santacruz, 1920-1925, IV). Entre los acuerdos del corregimiento figura la convocatoria de frailes, clérigos y cofrades de la villa para orar

y “que será enterrado y depositado el cuerpo en el monasterio de San Pablo”. También asumió programar las ceremonias fúnebres cubriendo la iglesia de paños negros y banderas con la heráldica de la princesa. En esta iglesia, se levantó un cadalso muy alto de paño negro sobre el que fue puesto el cuerpo durante las exequias (Rivera Blanco, 1993). Concluida la ceremonia, los frailes consiguieron que el príncipe Felipe les cediese el túmulo, que adaptado después por la comunidad sirvió para el monumento del Jueves Santo. De todo fue informado el emperador por don Francisco de los Cobos, indicando que “las honras de la princesa se hicieron con la solemnidad que se acostumbra y con toda la demostración de sentimiento que era cargo y así se haze por todo el reyno y generalmente se ha sentido por todos esa pérdida de manera que se mostrava bien el amor que la tenían”. También Pascual Molina analiza el coste del túmulo y demás gastos de la ceremonia funeraria, y añade que, al final: “el que dicho cuerpo fue metido junto a las gradas del altar mayor del dicho monasterio” (Pascual, 2013, pp. 253 y 547). Aquí permaneció depositado hasta su traslado cuatro años después (1549) a la capilla real de Granada (Zalama, 1996). Mientras tanto, la princesa había consignado en su testamento que las obligaciones de la comunidad estuvieran compensadas con la suma anual de 52.750 maravedíes. Su nuevo destino fue ordenado por el emperador Carlos V) —tres hombres fueron encargados de desenterrar el cuerpo de la princesa “e tornaron a poner las losas en la capilla” (Zalamea, 1996, p.311)— junto con los infantes hijos de Carlos V, don Fernando y don Juan, nacidos en marzo (1529 y octubre (1537) fallecieron sin cumplir un año de vida, igualmente, depositados en el convento de San Pablo, según el documento que analiza el profesor Zalama (1996):

Avemos acordado que se lleven a la Capilla Real de esa ciudad el cuerpo de la serenísima princesa doña María que en gloria sea, que ha estado depositado en el monasterio de San Pablo de esta villa, y asimismo los cuerpos de los ynfantes don Juan y don Hernando nuestros hijos, los quales partieron de aquí a IIII del presente y llevan cargo de ellos el muy reverendo en Cristo padre arzobispo de Santiago, nuestro capellán mayor y del nuestro consejo, don Juan de Acuña, y serán en esa ciudad placiendo a Dios para

el veinticinco de marzo poco más o menos, y es nuestra voluntad que se les haga por vos y los de la Chancillería y regimiento de esta ciudad, clerecía y órdenes, y que se aderece la Capilla y se haga en ella un túmulo y las otras cosas que suelen acostumar en hacer semejante caso (...).

El 11 de abril de 1555 falleció la reina doña Juana en las Claras de Tordesillas, cuyo cadáver se trasladó a Granada en 1574. En Valladolid, se celebraron con carácter oficial sus honras fúnebres en el monasterio de San Benito (Rodríguez, 1981), y en ese mismo templo, casi tres años después, exequias en honor del emperador Carlos V y de su hermana la reina doña María de Hungría, fallecida en la cercana localidad de Cigales. En la ceremonia estuvo presente el príncipe Carlos. Los franciscanos y dominicos, que igualmente ofrecieron sus iglesias para la ceremonia fúnebre, mostraron su pésame comunitario mediante numerosos sufragios ofrecidos por la reina doña Juana y su hijo el emperador Carlos V.

Un año antes, el templo dominico albergó nuevas exequias. Esta vez debido al fallecimiento (2 de enero de 1554) del príncipe don Juan Manuel, y heredero de la Corona portuguesa, como hijo primogénito del rey Juan III de Portugal y esposo de doña Juana, hermana del príncipe y futuro rey Felipe II. Los funerales en la iglesia de San Pablo se celebraron el 20 de febrero siguiente. Del decorado de la iglesia se hace eco Vandenesse. Tres años después (11 de junio de 1557) falleció su padre el rey Juan III de Portugal. Por ausencia de Felipe II, este ordenó a la princesa regente doña Juana organizar las exequias en la iglesia de San Pablo en sufragio del monarca portugués (Rivera, 1983).

Cierra este recorrido, que vincula la iglesia dominicana con las exequias de miembros de la casa real portuguesa, la muerte (1558) de doña Leonor, hermana del emperador Carlos V y oficiante de madrina en el bautismo de Felipe II. Del ornato de la iglesia conventual y túmulo funerario se encargó el mismo autor del erigido poco antes, en memoria del rey Juan III, aunque con un menor fuste y gasto. Hasta esta fecha, concluye el profesor Rivera, llegan las honras y exequias en memoria de miembros reales de Portugal, celebradas en Valladolid, antes de

trasladar la corte a Madrid, pues desde 1561 será en este nuevo domicilio el dispuesto por la casa real para esas celebraciones oficiales.

María Tudor, reina de Inglaterra, falleció el 17 de noviembre de 1558 en Londres y fue sepultada en la abadía de Westminster. Felipe II recibió esta noticia cuando estaba en los Países Bajos para las exequias del emperador, su padre Carlos V, en Bruselas. En Valladolid, en el monasterio de San Benito, también se celebraron las exequias del emperador. En este monasterio, se habían realizado las de María de Hungría (que había fallecido en la cercana localidad de Cigales en octubre) y María de Inglaterra. La escenificación, siempre arquitectura efímera, se repite en la mayoría de estos eventos.

Sesiones de cortes en el convento

Entre 1518 y 1555, las cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla (Colmeiro, 1883) fueron convocada 15 veces en distintas poblaciones: Madrid, Toledo, Segovia, Medina y Valladolid. Esta última villa castellana alberga la asamblea en ocho ocasiones y, según los cronistas, “en una sala del convento”, “en la sala capitular”, “en la iglesia” (p. 311), en estas fechas: 1518, 1523, 1527, abril 1537, 1542, febrero 1544, marzo 1548, 1555. Sobre ahora cualquier digresión acerca de peticiones, asuntos, problemas y conclusiones de cada asamblea. Para certificar, una vez más, los lazos entre la monarquía y sus instituciones con el convento dominico, basta mencionar los años en que se reunieron y cuando el convento ejerció como anfitrión. No obstante, merecen capítulo aparte las sesiones celebradas en 1518; tanto para el joven rey recién llegado a Valladolid, como para el convento convertido desde esa fecha en referente de reuniones sucesivas. Cronistas y viajeros dejan pocos detalles en el tintero. Lorenzo Vitale, relató el primer viaje de Carlos V, y dedicó dos capítulos desde la llegada del monarca al templo, con la misa solemne del cardenal Adriano de Utrecht y el inmediato juramento de fidelidad al rey. Son los capítulos titulados: “De como el rey católico fue recibido tanto por los prelados y grandes dignatarios como por los procuradores de las ciudades” y

“Estos son los nombres, por orden, de los que juraron al Rey fidelidad y honra en la iglesia de San Pablo” (Vitale, 1958, pp. 313 y 317).

En el capítulo de reuniones importantes —al margen de las propias de la Orden— que prefieren acudir al convento, debemos mencionar el de la Orden de Calatrava, reunido el 23 de enero de 1409. Esta magna asamblea tenía por cometido elegir al gran maestro general, puso vacante por muerte del anterior. Comenzada la sesión en el monasterio de San Pablo, entre los asistentes, estuvieron presentes los reyes Juan II y su esposa doña Catalina, acompañados por gran número de prelados y grandes de la corte.

Otras visitas y celebraciones

Junto a las visitas del emperador al domicilio conventual, por diversos motivos, merece la pena recordar aquellas que protagonizó su esposa la emperatriz Isabel. Lo hizo cuando el bautismo del príncipe Felipe, y reiteró la visita pocos días después:

En el día 30 del propio mes (junio 1527) salió la Emperatriz a Misa al convento de San Pablo. Se presentó vestida toda de blanco a la portuguesa y cabalgando sobre un dócil caballo cuyas riendas llevaba el Conde Benavente, don Juan Pimentel (Girón, 1964, p. 67).

Conforme atestigua el cronista Girón, casi diez años más tarde asistió a la solemne fiesta dominica del Corpus:

El domingo adelante del día del Corpus Christi, que se contaron 18 del mes de junio de 1536, fue la emperatriz, Nuestra Señora, a misa al monasterio de San Pablo, de la Orden de Predicadores, porque en aquel día se haze allí la fiesta del Corpus Christi, y aunque el cardenal de Toledo (don Juan de Tavera) avía andado aquella mañana cinco leguas viniendo de Toledo, luego que supo que Su Majestad iba a San Pablo fue a acompañarla. (Girón, 1964, p. 67).

En este mismo año, el 8 de diciembre, recuerda que: “Al comunicarse la llegada del emperador, que venía de Barcelona a Valladolid,

la emperatriz acudió al monasterio de San Pablo a dar gracias por la venida del emperador” (Girón, 1964, p. 80). Fuera de la ceremonia de la familia real, merecen recordarse dos más cuyos protagonistas fueron cortesanos de alto rango. La primera corresponde a la recepción del capelo cardenalicio por Adriano de Utrecht (1459-1523). Este preceptor del futuro Carlos V, llegó a España cuando su pupilo asumió la condición de rey. Además de su espléndida carrera política, desde el punto de vista eclesiástico fue deslumbrante: inquisidor general de Aragón y Castilla, obispo de Tortosa (1516-1522), cardenal de San Juan y San Pablo (1517-1522), papa (1522-1523) sucesor en un breve pontificado de León, con el nombre de Adriano VI. La primicia de la noticia pertenece a Lorenzo Vitale, cuando escribe:

El 26 de noviembre (1517), día y festividad de Santa Catalina, dicho monseñor Adriano, obispo de Tortosa, celebró con fiesta y solemnidad la recepción de un capelo cardenalicio que nuestro Santo Padre le había enviado, y que recibió con gran reverencia y humildad en la iglesia de San Pablo, que es un monasterio de religiosos de Santo Domingo. En este monasterio nuestro Señor el Rey quiso hallarse para rendir mayor honor a dicho cardenal, pues el personaje lo merecía bien y el Rey le quería mucho a causa de que era hombre de bien, vivía virtuosamente y era una lumbrera de la Santa Iglesia por su gran teología y también a causa de que había sido su preceptor. A esta hermosa reunión asistieron sus 18 preladados, tanto cardenales, príncipes y arzobispos como obispos y muchos nobles, señores y grandes dignatarios (Vitale, 1958, pp. 233).

Concluida la ceremonia, el nuevo cardenal acompañó al rey dirigiéndose a su aposento, todo aquel día se puso en solemnes con el cardenal Adriano, celebró un banquete de agradecimiento al que lo invitó a él y a los preladados, de tal modo que podrían decir que nunca sido ni servidos (Pascual, 2013, p. 102). Entre los sucesos que recoge la crónica del año 1542 destacan dos: la aparición de un pasquín contra el príncipe Felipe en la puerta de San Pablo, cuyos autores fueron detenidos y la clemencia del príncipe los libró de ser ejecutados, aunque padecieron prisión y desterrados; la otra noticia fue la consagración

episcopal (1 de mayo) de Antonio Perrenot Granvela (1517-1586) como obispo de Arras. Dentro de una ceremonia también celebrada en la misma iglesia conventual (Vandenesse, 1874, pp. 53-490). Era un borgoñón al servicio de Carlos V y Felipe II, que en 1538 fue promovido al obispado de Arrás, aunque la consagración episcopal se demoró hasta el 21 de mayo de 1543, durante una solemne ceremonia en la iglesia de San Pablo de Valladolid, en ceremonia oficiada por el cardenal de Toledo y los obispos de Badajoz y Jaén. Años después ocupó el puesto de consejero de Felipe II y arzobispo de Malinas.

Depósito de la armería real

Un breve artículo del profesor Ferrandis se hizo eco de la armería del emperador Carlos V, instalada en 1555 en el cenobio vallisoletano. Este dato confirma y localiza dicho patrimonio en la mansión conventual, según disponía una carta del emperador al prior dominico, fechada el 5 de agosto de 1518, en la que ordenaba a Juan de Vivero, armero del rey, depositar en el convento las armas traídas desde Flandes y antes depositadas en su casa:

El Rey. Devoto padre prior e convento del monesterio de San Pablo de Valladolid. Yo mandé dejar en esa villa en casa de don Juan de Vivero el armerío que mandé traer de Flandes. E por que esté a mejor recabdo, he acordado que se pase a ese monesterio: lo que lleva cargo de vos hacer entregar a don Juan de Acuña, nuestro corregidor de esa villa. Por ende, yo os ruego y encargo que rescibáis las armas e otros aderezos e municiones de los que el dicho corregidor os entregase por inventario ante escribano público, e las hagáis poner en ese dicho monesterio en parte donde estén bien tratadas de manera que ni se dañen, e las deis a persona alguna sin que para ello veáis mi carta; en lo cual me faréis mucho placer e servicio. Fecha en la cibdad de Zaragoza a cinco días del mes de agosto de 1518 años. Yo el Rey, R(efrendado) de Antonio de Villegas. Señalada del deán de Bezanzoni e obispo de (Badajoz) e don García e Zapata (Libro de cámara, libro 36, fol. 199v).

Tras este documento, pronto dimos con otras noticias en un legajo del AHN que hablaba del depósito real, según copia de una cédula firmada por la princesa en 1554 para que la armería existente en el convento (depositada en 1542 y compartida con Francisco de los Cobos) se congregase en ciertas piezas y así desembarazar la vivienda conventual. Esto hace suponer que, en un principio, no se señaló una habitación concreta, o porque el menor volumen de las armas allí depositadas aconsejaba comprimir el espacio, pues la comunidad requería utilizar todas las dependencias conventuales. Esta conjetura no está fuera de lugar, pues la relación de Alonso de Herrera (1555) solo menciona veinticinco espadas de estas partidas:

Nº. 107: Seis espadas moriscas, anchas de la gineta, guarnecidas con puños y brocales y conteras de plata y esmaltadas, con texillo de seda y otro con diversos colores; la una tiene el puño suelto”.
 Nº 108: “Diez y nueve espadas moriscas anchas de la gineta con puño de fierro dorado e brocales de plata y texillo de oro y seda, cada unan de diversos colores”. N 109: “Otras tres espadas moriscas, con los puños de cuerno negro, con los brocales y conteras de plata, Con sus correas de cuero”. Nº 110: “Una espada morisca con el puño de fierro plateada con labores y contera de plata y brocal con un texillo de oro y de seda vieja. (s.p.)

Si se depositaron o no otras armas, desconocemos su número y características. Aunque, tras la muerte del emperador, los testamentarios reunidos en Valladolid dispusieron que una parte de su armería quedase en el monasterio de San Pablo, y la otra en la casa de don Francisco de los Cobos “frontera al monasterio” (Pascual, 2013, p. 335). Al trasladarse la corte a Madrid, se abre otro periodo y así nace “la Armería”, con edificio propio dispuesto por Felipe II y ocasión para que en 1565 las armas dispersas en Valladolid entre el convento dominico y la casa de Francisco de los Cobos, junto con las existentes entre el monasterio de Yuste e incluso en el alcázar madrileño, fueran reunidas en la armería real (Soler).

Referencias

Fuentes primarias

Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN)

Libro de Bezerro del convento de San Pablo, Orden de Predicadores, de la ciudad de Valladolid (1756). (Sección Clero Valladolid, signatura 1261-8). Archivo Histórico Nacional, Madrid.

Clero Valladolid (carpeta 3501, nº 11 y 16). Archivo Histórico Nacional, Madrid. Legajo 7857, libro 1º. Archivo Histórico Nacional, Madrid.

Cuaderno relativo a la calle Imperial (1748) (Clero Valladolid). Archivo Histórico Nacional, Madrid.

Archivo General de Simancas (AGS)

Libros de Cámara. Libro 36. Libro 320/2º. Archivo General de Simancas.

Archivo Municipal Valladolid (AMV).

Libro de Actas (6 de marzo 1605). Archivo Municipal Valladolid.

Fuentes secundarias

Antolínez, J. (1887). *Historia de Valladolid* (publicada, corregida, anotada y adicionada por Juan Ortega Rubio) Valladolid: Hijos de Rodríguez.

Arriaga, G. (1928). *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid*. Valladolid: Tipografía Cuesta.

Arribas, F. (1960). *Años de Carlos V y Felipe II en Valladolid, Hispania XXVI*, Madrid: CSIC.

Barrientos, L. (1946). *Refundición de la Crónica del Halconero J. de Mata Carriazo* (Ed.). Madrid: Espasa-Calpe.

Cabrera de Córdoba, L. (1997). *Relación de las cosas sucedidas en la corte de España, desde 1599 hasta 1614*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Colmeiro, M. (1883-1884). *Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla*. Madrid: Rivadeneyra.

- Florez, H. (1756). *Viage de Ambrosio de Morales por orden del rey Don Felipe II a los reynos de León y Galicia, y Principado de Asturias para conocer las reliquias de Santos...* Madrid: Antonio Martín.
- García, E. (2013). *Ignacio de Loyola*. Madrid: Taurus.
- Girón, P. (1964). *Crónica del emperador Carlos V* J. Sánchez Montes (Ed.). Madrid: CSIC.
- Godínez, J. (1607). *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe don Felipe, Dominico, Víctor, nuestro Señor, hasta que se acabaron las muestras de alegría que por él se hicieron*. Valladolid: Autor.
- Mendizábal, F. (1927). *Ante el centenario del nacimiento Felipe II. La leyenda y la historia en el nacimiento y bautismo del rey*. Madrid: ABC (22 mayo).
- Pascual, J. (2013). *Fiesta y poder. La corte en Valladolid (1502-1559)*. Valladolid: Universidad.
- Pinheiro, T. (1973). *Fastigina o fastos geniales* (traducción del portugués por N. Alonso Cortés). Valladolid: Ayuntamiento.
- Relación de la Orden que se tuvo en el bautismo de la Señora Infanta, hija primogénita del invictísimo Rey Felipe III, nuestro Señor (1601)*. Valladolid: Herederos de Santodomingo.
- Rivera, J. (1983). *Exequias y túmulos funerarios realizados oficialmente por la Casa real española en honor de miembros de la Casa real Portuguesa en Valladolid, en el siglo XVI*. Mundo da arte, (15).
- Rodríguez, L. (1981). *Historia del monasterio de San Benito el Real de Valladolid*. Valladolid: Autor.
- Rucquoi, A. (1987). *Valladolid en la Edad Media. Génesis de un poder. I*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Rucquoi, A. (1999). *La cultura y las élites en la Valladolid medieval*. Valladolid. Historia de una ciudad. I. Valladolid: Ayuntamiento.
- Sandoval, P. (1603). *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Madrid: BAE.
- Sangrador, M. (1851). *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, I*. Valladolid: Imprenta Aparicio.
- Santacruz, A. (1920-1925). *Crónica del emperador Carlos V, IV*. Madrid: Imprenta Patronato Huérfanos.

- Soler del Campo, A. (1991). *La Real Armería de Madrid*, *Arbor CLXIX*, 665. Madrid CSIC.
- Urrea, J. (1999). *La plaza de San Pablo. Escenario de la Corte*. Valladolid. *Historia de una ciudad*. I. Valladolid: Ayuntamiento
- Vandenesse, J. de (1874). *Journal des voyages de Charles Quin*. Bruselas: Gachard.
- Vitale, L. (1958). *Relación del primer viaje de Carlos V a España (1517-1518)*. Madrid: Aguilar.
- Williams, P. (2009). El duque de Lerma y el nacimiento de la corte barroca en Valladolid, verano de 1605, *Studia Histórica*, (31), 19-51.
- Zalama, M. (1996). *En torno a las exequias de la princesa doña María de Portugal en Granada*. BSAA LXII. Valladolid: Universidad.
- Zúñiga, F. (1989). *Crónica burlesca del emperador Carlos*. Salamanca: Universidad.